

The cover features a young man in the foreground, wearing a brown hooded cloak and holding a glowing green lightsaber. In the background, a woman in a dark uniform stands in a futuristic hallway, holding a blaster. The scene is lit with dramatic, low-key lighting, emphasizing the characters and the glowing lightsaber.

STAR WARS
THE HIGH REPUBLIC

EN LA OSCURIDAD

CLAUDIA GRAY

Al joven padawan Reath Silas le encanta la aventura... O, mejor dicho, le encanta leer aventuras, pero no tanto vivirlas en primera persona. Feliz de pasar horas rebuscando en los Archivos Jedi, en Coruscant, Reath sueña con ser uno de los más grandes académicos de la Orden Jedi. Pero la maestra de Reath, la respetada y virtuosa Jora Malli, tiene otros planes: ha sido destinada al Faro Starlight, el nuevo y reluciente puesto de avanzada de la República en el borde del espacio conocido. Como su padawan, Reath deberá acompañarla, le guste o no.

A regañadientes, Reath se embarca en la nave que los llevará a él y a otros Jedi hasta Starlight, donde su maestra lo espera para comenzar una vida de aventuras en la frontera galáctica. Sin embargo, durante el viaje, surge un problema en el hiperespacio que deja varadas a la nave de Reath y a las embarcaciones que la acompañan, y el refugio más cercano es una inquietante estación espacial abandonada. Los secretos que allí se ocultan pondrán al padawan ante un cruce de caminos que podría sumir a toda la galaxia en la oscuridad.

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy muy lejana...

STAR WARS

LA ALTA REPÚBLICA

La galaxia está en paz, gobernada por la gloriosa REPÚBLICA y protegida por los nobles y sabios CABALLEROS JEDI.

Para celebrar la buenaventura, la República está a punto de presentar el FARO STARLIGHT en uno de los puntos más alejados del Borde Exterior. Esta estación funcionará como un rayo de esperanza que todos podrán ver.

Pero, mientras un magnífico renacimiento llega a lo largo y ancho de la República, también lo hace un peli-

groso nuevo adversario. Los guardianes de la paz y la justicia deberán enfrentarse a algo que los amenaza tanto a ellos y a la galaxia como a la mismísima Fuerza...

PRÓLOGO

—**A**h, piratas —Jora Malli negó con la cabeza casi con afecto—. Nunca aprenden.

La maestra Jedi togruta iba sentada junto a su padawan en su speeder aéreo PI-R mientras se lanzaba a través de las construcciones gigantescas que cubrían un tercio de Coruscant para perseguir a un esquife pirata. Durante las décadas transcurridas desde el último *boom* de la construcción en aquel planeta, se habían enviado y almacenado allí minerales y materiales valiosos. Cosas tentadoras para un pirata. Y, durante muchos años, robar un botín y escapar había estado lejos de ser imposible. Sí, Coruscant era el mundo central de la República y tenía una vasta fuerza de seguridad. Pero todo en el planeta era vasto, incluso las oportunidades para ocultarse y escapar.

Sin embargo, Coruscant se estaba convirtiendo en un lugar más ordenado. Un lugar aún más importante. Y ya era la sede del mayor templo Jedi de la galaxia.

Eso significaba que Coruscant sería más seguro que nunca. Había llegado el momento de que los piratas lo supieran.

Jora abrió la boca para decir a su padawan lo que notaba (que los piratas iban a intentar sorprenderlos lanzándose hacia arriba), pero Reath ya estaba guiando el speeder aéreo hacia lo alto y por encima de la telaraña de vigas de construcción hacia el cielo brillante.

«Su potencia en la Fuerza no es excepcional, no entre los Jedi —pensó Jora mientras estudiaba a su joven aprendiz humano. El viento movió el pelo castaño de Reath formando una maraña más marcada de lo habitual—. Pero él se esfuerza más que cualquier otro padawan que yo haya conocido. Conectó con mis pensamientos no a través de un don natural, sino mediante la fuerza de voluntad, y lo hizo más deprisa de lo que lo lograrían nunca los potentes natos. Él llegará más lejos que muchos de ellos... quizá de maneras que todavía no entiende».

Su speeder aéreo llegó al punto más alto de la construcción y, por un instante, Jora y Reath pudieron disfrutar de una vista panorámica de las relucientes estructuras de Coruscant. Muchas estaban coronadas con andamios plateados, pero muchas más estaban acabadas, completas y brillantes. Los rayos de sol se colaban a través de las escasas nubes en el cielo azul claro, pintándolo todo de rosa y dorado. Lo más bonito de todo, para Jora, eran los cinco capiteles del templo Jedi en el horizonte.

De repente, el esquife pirata salió del laberinto de edificios y su piloto se dio cuenta del error demasiado tarde. Reath lanzó enseguida un cable de remolque. Su abrazadera magnética salió disparada y se fijó en el casco del esquife.

Con calma, Jora le dijo:

—¿Conoces las especificaciones del motor de ese esquife?

—No, maestra Jora. —Reath se quedó perplejo y, después, consternado, al darse cuenta de lo que había pasado—. Oh, n...

No pudo acabar de decir la última palabra, ya que el esquife se lanzó desesperadamente hacia el suelo, superando fácilmente los motores del speeder aéreo y arrastrando al Jedi.

Reath puso la mano en el control para soltar la abrazadera y la mantuvo en su puesto, a punto para la acción.

Por lo tanto, él ya sabía lo que la maestra había planeado. Jora sonrió mientras se preparaba, las ráfagas de viento hacían que los montrals de rayas ondearan a sus espaldas. Tenía la vista fijada en la cabina del esquife, en la silueta apenas visible del piloto. Estaba tan desesperado por escapar que podría matarlos a todos mientras lo intentaba.

–Esto no va a quedar así –susurró Jora para sus adentros y, entonces, dio un salto.

El salto la llevó del speeder aéreo al esquife; sus botas cayeron con fuerza sobre la cabina mientras encendía la espada láser. Su hoja azul cortó el aire y la cabina, haciendo un agujero. Una ligera sacudida le indicó que Reath había soltado el cable. «En el momento perfecto», pensó. La Fuerza potenciaba su agarre, lo que permitía a Jora aguantar incluso mientras el esquife giraba violentamente para intentar lanzarla. Reath mantenía el speeder aéreo justo detrás de ellos; lo que había empezado como un accidente era ya una persecución a una velocidad vertiginosa.

La maestra Jora abrió la cabina dando puñetazos a los restos que rodeaban el agujero y entró de un salto. Los piratas estaban tan intimidados por su ataque (o, quizá, por su espada láser) que ninguno la insultó sacando un bláster. Sin embargo, el esquife continuaba cayendo en picada hacia la superficie que se acercaba a toda velocidad. En menos de dos minutos, morirían en una colisión que los destrozaría en mil pedazos.

–Por favor, cambien el rumbo de la nave –dijo Jora– e informen al muelle de atraque más cercano para su detención.

El piloto rodiano dudó. En ese instante, Jora notó la rabia que sentía él en su interior. ¿Le quemaba lo suficiente para hacerle sacrificar su propia vida, y la de sus compañeros, solo para llevársela por delante?

Quizá.

Jora movió la mano que tenía libre por el aire, era un gesto despreocupado.

–Quieren informar al muelle de atraque más cercano.

–Queremos informar al muelle de atraque más cercano –entonaron los piratas al unísono, y el piloto obedientemente cambió el rumbo de la nave. Jora echó un vistazo por encima del hombro y vio a Reath bajando detrás de ellos, con una sonrisa tan radiante como la luz del sol que había sobre ellos.

«Es una lástima quitarle esa sonrisa durante un tiempo –pensó Jora–. Pero tengo que darle la noticia cuanto antes».

Pudo aplazar aquella conversación una hora más. Fue el tiempo que tardaron en conseguir que los piratas fueran detenidos y procesados por las autoridades competentes y comprobar que el speeder aéreo PI-R no hubiera sufrido daños. Reath lo había piloteado bien en condiciones adversas.

Sin embargo, continuaba concentrado en el único error que había cometido.

–Empezaré con un estudio profundo de las especificaciones de los motores mañana –le prometió, mientras los dos se alejaban de la estación, a través de la multitud de puestos y quioscos que formaban una especie de mercado callejero permanente en aquella zona. Unos bith, que habían llegado desde el Borde Exterior, mascullaron algo delante de unas jarras de Puerto Tormentoso mientras pasaban los Jedi–. Ya tengo una lista de modelos de naves en las que me tengo que concentrar, por si quiere mirarla.

–Esa no es nuestra prioridad ahora mismo. –Jora juntó las manos en la espalda–. Hemos pasado mucho tiempo en Coruscant, tú y yo. Has viajado mucho menos que otros padawans de tu edad.

–Sí que hemos viajado –dijo Reath–. Lo suficiente para que yo sepa que toda la galaxia no es como Coruscant, y que prefiero estar aquí. Además, lo entendí cuando me

eligió, maestra Jora. No hay muchos padawans que tengan la suerte de aprender de un miembro del Consejo Jedi. La consecuencia era viajar un poco menos, pero no es un gran sacrificio.

Jora no lo iba a dejar salirse con la suya.

—No es ningún sacrificio en absoluto para ti. Algunos días, haría falta un pozo gravitatorio para sacarte de los Archivos.

Reath sonrió mientras agachaba la cabeza.

—De acuerdo, muy bien. Esa es una de las razones por las que siempre he pensado que funcionamos bien juntos.

—Yo, también. Pero ha llegado el momento de que tanto tú como yo amplíemos nuestros horizontes. He aceptado una misión nueva que nos alejará de Coruscant durante muchos años. Viajaremos a la frontera.

Tal y como Jora había imaginado, la primera reacción de Reath fue la consternación.

Casi se tropezó en la acera delante del quiosco de comida bilbringi.

—Pero... el Consejo...

—Dejaré el Consejo dentro de poco —explicó—. Esta misión es lo suficientemente importante para justificar una implicación a largo plazo y me he presentado voluntaria. Es un trabajo que saca partido de mis dotes diplomáticas. De todas formas, no lo habría hecho si no pensara que también era importante para ti.

—¿Por qué? —espetó Reath—. ¿Cómo puede ser importante dejar Coruscant para ir a un sitio en medio de ninguna parte?

—Es un sitio en el que los Jedi dieron la vida para proteger al pueblo de esa zona del espacio —dijo Jora—. No es ninguna parte. Es un lugar digno de todo el honor que le podamos rendir.

—Por supuesto. No pretendía ser irrespetuoso. —Se había puesto pálido, lo que hizo que las pecas de la nariz y las mejillas destacaran. A Jora le gustaba que los humanos

tuvieran marcas propias—. Solo quería decir que he estado trabajando como archivista, intentando hacerlo bien, y no parece que la frontera vaya a necesitar muchos especialistas en archivos.

Jora inclinó la cabeza, pensándolo.

—Te sorprenderías. Pero tengo la intención de que seas algo más que archivista, Reath. —Con más cuidado, Jora añadió—: Prefieres concentrarte en las áreas en las que crees que el esfuerzo cuenta más que el talento. Pero tienes talento más que suficiente para cualquier cosa que te propongas. Y el esfuerzo siempre cuenta. Para cualquier tarea, en cualquier lugar.

—¿Acaso no cuenta más aquí, donde proporciona más beneficio?

Jora negó con la cabeza, con afecto. No podía creer lo que oía.

—Mi primer padawan siempre anhelaba aventuras. Y el segundo las evitaría alegremente. Lo que necesitan los dos es lo mismo: equilibrio. Lo encontré para él y lo he encontrado para ti.

(Como mínimo, esperaba haber ayudado a Dez a encontrarlo. A veces, al oír hablar de sus hazañas en Zeitooine y Christophsis, le asaltaban las dudas).

La profunda consternación de Reath habría sido cómica de no haber sido tan sincera. Era algo que nunca te contaban sobre ser maestro: que, a veces, enseñar una lección dura dolía más que aprenderla. La maestra Jora le dijo:

—Reath, ¿por qué no puedes cruzar el Arco Kyber solo?
Reath frunció el ceño.

—¿Tengo que hacerlo?

Jora no contestó. El Arco Kyber se alzaba dentro de una de las vastas salas de meditación del templo de Coruscant. Cada cristal del arco era un cristal kyber, recuperado de la espada láser dañada de un Jedi caído en combate. Tenía un brillo precioso bajo la luz y era un recorda-

torio del precio que habían pagado los demás Jedi para que se hiciera justicia durante los últimos milenios. El arco era grueso en la base, pero la curva más elevada del arco se había dejado extremadamente estrecha para simbolizar los peligros a los que se habían enfrentado los caídos.

Escalar y cruzar el Arco Kyber era una técnica de meditación avanzada. En general, los Jedi nunca la probaban. Solo lo hacían los que se sentían llamados a hacerlo por la Fuerza. Si Reath insistía en tomarse la pregunta de Jora de forma literal, nunca tendría una respuesta.

Y se la tomó al pie de la letra.

—Quiero decir que creo que podría cruzarlo. Nos hemos abierto paso a través de cuerdas y correas más finas que eso. ¿Quiere que lo intente? —Reath parecía esperanzado de nuevo—. Si lo consigo solo, ¿significa que no tengo que ir a la frontera?

—Ni tú ni ningún otro Jedi ha cruzado nunca el Arco Kyber solo —dijo Jora—. Ni lo hará nunca nadie. Cuando sepas por qué, creo que comprenderás por qué nos dirigimos a la frontera.

Reath suspiró. Prácticamente irradiaba frustración, pero mantuvo el control de forma admirable. Logró preguntar:

—¿A dónde vamos? Concretamente, quiero decir.

Jora levantó la cabeza y miró al cielo como si pudiera ver las estrellas que había más allá de la puesta de sol.

—Al faro de la República —dijo ella—. A Starlight.

UNO

Reath Silas estaba a punto de dejar el templo Jedi de Coruscant para su primera impresionante nueva misión en la frontera y se sentía muy desgraciado.

–¡Anímate! –insistió Kym, dándole palmaditas en el hombro que casi le hicieron derramar el contenido de la taza. Tenía la cara roja de emoción por la fiesta de despedida que se animaba a su alrededor–. ¡Estás a punto de vivir una aventura increíble!

–«Aventura» suele ser un eufemismo de «ir a sitios en los que hay muchos bichos» –dijo Reath–. Me refiero a que sé que los bichos tienen su lugar en la Fuerza y son seres vivos por derecho propio... pero eso no significa que los quiera en mis calcetines.

Kym se rio de él. Un par de serpentinas de colores que decoraban el área común de los padawans se habían quedado enganchadas en los lethorns de Kym.

–Eres consciente de que como mínimo la mitad de los aprendices de aquí harían casi cualquier cosa para que los destinaran a la frontera, ¿verdad?

Según Reath, «frontera» normalmente era un eufemismo para «mitad de ninguna parte», pero no tenía el valor de discutir con Kym más rato. Ya le costaba bastante fingir agradecimiento por la gran fiesta de despedida que le habían organizado sus amigos.

No. Estaba agradecido. Nunca podía ser malo saber que los demás se preocupaban por ti y que te echarían de

menos cuando te fueras. Pero Reath no estaba de humor para fiestas cuando lo único que sentía era melancolía y la certeza absoluta de que lo llevaban del mejor sitio de la galaxia a uno de los peores.

Coruscant era el centro de la galaxia conocida, de forma literal y figurada. Reath siempre había estado agradecido por haber sido enviado al templo, haber tenido el privilegio de crecer allí, de aprender directamente de los miembros del Consejo Jedi. Había seguido teniendo suerte al ser elegido como padawan de Jora Malli, una de las Jedi más famosas de la época y también miembro del Consejo. Eso significaba que Reath había servido en varias de las misiones más importantes de los últimos años. Lo que le faltaba en potencia natural de la Fuerza (cosa de la que era muy consciente desde que era un niño muy pequeño) lo compensaba esforzándose, siendo digno de confianza y responsabilizándose de las cosas. La mayoría de los aprendices todavía esperaban conseguir cierta independencia cuando cumplían los veinte años. En cambio, con solo diecisiete, a Reath ya le habían confiado tareas que su maestra decía que serían todo un reto incluso para un Jedi completo.

Pero, sobre todo, lo mejor de todo era que ya había tenido acceso a los Archivos Jedi.

A Reath le encantaban los relatos. Le alucinaba la historia. Disfrutaba de investigar en registros, aprender lo que la gente pensaba, decía y hacía en tiempos inmemoriales. Mientras los demás padawans practicaban acrobacias o duelos con espadas láser, él se quedaba levantado hasta tarde con sus textos digitales.

Eso lo convertía en el bicho raro, casi siempre. En lugar de adaptarse, Reath se entregaba encantado a su afición por los libros. No entendía por qué tenía que pensar que el raro era él, sino que lo raro era que ellos esperaran que todos los iniciados resultaran tener la misma personalidad. Cuando los buscadores iban a encontrar niños sensibles a

la Fuerza, solo comprobaban si había una capacidad potencial. No cierto temperamento y, sin duda, tampoco preferencias concretas. Nadie preguntaba nunca a los iniciados: «¿Te gustaría convertirte en un caballero heroico y aventurero?». Ni: «¿Preferirías quedarte en casa y leer?». Algunos individuos, por muy valientes y capaces que fueran, preferían leer historias que vivirlas, y Reath era uno de ellos.

Hasta hacía poco, la maestra Jora había sido muy comprensiva. Siempre había dicho que la Orden necesitaba académicos del mismo modo que necesitaba aventureros, y que normalmente había demasiados candidatos para el segundo grupo y no suficientes para el primero. Dijo que le parecía reconfortante que Reath fuera a contracorriente. Por eso, los encargos que le daba siempre incluían mucho tiempo en los Archivos. Otros Jedi que estaban en Coruscant incluso habían empezado a dejar abierto un cubículo de estudio concreto con el entendimiento tácito de que era el sitio de Reath.

Y, de repente, cuando nadie se lo esperaba, la maestra Jora aceptaba una misión en medio de ninguna parte.

Reath había protestado. Con respeto, por supuesto. Había expresado sus sentimientos, pero no había servido para gran cosa. «Será sano para ti esforzarte –le había dicho la maestra Jora sonriendo–, poner a prueba tus capacidades de otras formas».

Pero Reath se había puesto a prueba a sí mismo. Se había presionado para sobresalir en todos los campos, no solo en sus preferidos. ¿Quién estaba siempre cerca del primer puesto de las clasificaciones de duelos de espada láser, clase padawan, pese a no gustarle demasiado los duelos? Reath Silas. ¿Quién había bordado todos y cada uno de los exámenes, salvo aquella vez que le había dolido el estómago? También Reath. ¿Quién era el único aprendiz durante décadas que dominaba las prácticas de meditación gatalentanas antes de cumplir los veinte años?